

ILUSIÓN Y LIDERAZGO, DOS CONCEPTOS INSEPARABLES

OPINIÓN



JOSEP LÓPEZ ROMERO

UN 'LÍDER
ILUSIONADO' ES
CAPAZ DE TRANSMITIR
A SU EQUIPO
EL ENTUSIASMO
NECESARIO PARA
TRABAJAR CON GANAS

El año pasado los ciudadanos del mundo asistimos a un hecho sorprendente: Barack Obama, joven y de raza negra, ganó contra todo pronóstico, y desafiando la historia de su país, las elecciones a la presidencia de los Estados Unidos de América. Su contrincante republicano, John McCain, provisto, a priori, de mayores apoyos, reconoció de inmediato que algo había faltado en su campaña. ¿Qué es lo que sí tuvo Obama y le faltó a McCain? Para mí la respuesta es clara: capacidad de ilusionar.

Podríamos decir que Obama era (y supongo que es) un «líder ilusionado», pero es posible que cayéramos en una redundancia, pues para ser un líder hay que tener ilusión, es decir, lo primero sin lo segundo es inconcebible. Sin ilusión no hay verdadero liderazgo. Es una ecuación sencilla: si tienes ilusión puedes ilusionar (puedes comunicarla, contagiarla), y si puedes ilusionar, puedes liderar.

La ilusión, de hecho, podría considerarse desde ya como un intangible más en el balance de cualquier empresa u organización, pues, a diferencia de la motivación, tiene raíces profundas en las personas. La separación entre ambos conceptos es sencilla: un buen sueldo o un buen horario pueden motivar, mien-

tras que sólo un buen proyecto puede ilusionar.

Tener una ilusión y compartirla es también una responsabilidad. Por ello, las personas que dirigen equipos o grupos deberían ser conscientes de que aquello que sienten es lo que transmiten. Si realmente están convencidos de las bondades de su particular «yes, we can» [sí, podemos], los demás les creerán y aportarán sus talentos. Si dicen «yes, we can», pero en el fondo piensan «no, we can't» [no, no podemos], sin duda, el proyecto que estén liderando en ese momento tendrá serias dificultades para prosperar.

¿Quiere decir eso que un líder no puede tener dudas, grietas, pequeñas o grandes desilusiones? En absoluto. Incluso el líder más sólido puede sentir en algún momento que no puede, que sus ilusiones se desdibujan o hasta se desvanecen. No pasa nada. Mejor dicho, sí pasa: ese líder tiene ahí una gran oportunidad para demostrarse a sí mismo que lo es. Todos podemos sentir en algún momento que la situación nos supera o que aquello que habíamos soñado no se hará realidad porque los obstáculos son demasiado grandes. Es humano. Lo importante es no negar ese sentimiento, sino reconocerlo y hacerle un lugar. Y aceptar que a veces hay que caer para luego levantarse y seguir adelante con otra perspectiva de las cosas y con un nuevo aprendizaje en la mochila.

Sería interesante poder medir el grado de ilusión de las personas en general y de los líderes en particular. ¿Se imaginan disponer de un 'ilusionómetro' que nos dijera si alguien está ilusionado con un proyecto o no? De momento no existe, por lo que no podemos saber si, por ejemplo, la ilusión de José Luis Rodríguez Zapatero es la misma que cuando accedió al poder hace unos años. Sería bueno saberlo, pues si la ilusión es necesaria para vivir, todavía lo es más para salir de una crisis.

*Josep López Romero, periodista y escritor. Autor de 'La ilusión' (Edit. Planeta) Conferenciante de Thinking Heads

Especialistas en programación de contenidos
www.thinkingheads.com



ASÍ EMPEZÓ

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA ESCRITOR



Su última novela es 'No hay que morir dos veces'. / LUIS ÁNGEL GÓMEZ

«Sufría mucho cuando hacía de abogado»

AUTOR DE CÓMICS Y NOVELAS DEL OESTE, LETRADO Y PERIODISTA. GONZÁLEZ LEDESMA SIEMPRE TUVO ARRESTOS PARA SALIR ADELANTE

ROSARIO SEPÚLVEDA

Cualquiera de nosotros necesitaría vivir varias vidas para igualar en intensidad, éxitos y variedad la de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927), un hombre de gesto adusto y espíritu afable que ahora, tras ejercer como autor de cómics, novelas del Oeste, abogado y periodista, recibe los reconocimientos literarios que la censura franquista le impidió obtener mucho antes. «Todavía pienso que al día siguiente lo haré mejor», afirma el creador del comisario Méndez, que fue galardonado con el Premio Internacional de Novela Negra RBA cuando ya había cumplido los 80.

—¿Cuál fue su primer empleo?

—El primer dinero lo gané cuando tenía unos doce años. Me llevaba a casa recibos de una mutua de accidentes y rellenaba los datos de los abonados. Un pariente estaba encargado de hacerlo, pero, como él no daba abasto, me pasaba una parte a mí y, a cambio, me pagaba una miseria: 25 céntimos por hora. Después, con 14 ó 15 años, escribí cuentos infantiles para un editor de Zaragoza que me pagó cinco duros. La tercera fase de esa primera etapa sucedió con mi entrada en una compañía de seguros. Acababa de empezar la carrera y me contrataron como escribiente. Du-

rante un mes rellené recibos con letra de molde, como antes en casa, por 40 pesetas. Mi madre me animó a que lo dejara para que me centrara en mis estudios de Derecho.

—Y le hizo caso, pero sólo a medias.

—Sí, porque empecé a escribir cómics para la editorial Bruguera y me hice un profesional. Incluso creé un personaje, el inspector Dan, que ha pasado a las antologías. Ese trabajo me hacía feliz.

—Tras acabar la carrera, ejerció de abogado.

—Sí, y me especialicé en derecho catalán y en propiedad intelectual. Fui abogado de la buena sociedad catalana y gané mucho dinero. Esta profesión, sin embargo, no me hacía feliz, porque el abogado muchas veces no defiende su verdad, sino la del cliente. Yo sufría muchísimo cuando hacía de abogado defensor, porque era consciente de que bastantes personas de las que sacaba a la calle eran culpables, y eso me planteaba problemas morales.

—¿Por eso decidió pasarse al periodismo?

—No sólo por eso. Yo, desde que tenía cinco años, quise ser periodista. Tenía un tío, periodista de La Vanguardia, que me sacaba de la cama para ver la rotativa. Ese mundo de la noche me fascinaba... Si no ejercí antes fue por la censura, no quería ser un funcionario franquista.

—Metido ya en un periódico, ¿le decepcionó la profesión?

—No, gané poco dinero, pero fui tremendamente feliz. Esta profesión me ha permitido vivir dos vidas: la mía y la de la gente que conocía en la calle. Puede parecer una tontería, pero yo sentía que formaba parte de la historia de este país. Con Vázquez Montalbán y otros colegas creamos, en la clandestinidad, el Grupo de Periodistas Democráticos. Creo que, entonces, la profesión era más divertida; la redacción se parecía a un gran café. Desde el principio, tuve mucha suerte: en el examen de grado saqué el número uno de mi promoción. Luego, llegué a ser redactor jefe en El Correo Catalán y en La Vanguardia.

—¿Qué le enseñó su 'alter ego' literario, Silver Kane, el pseudónimo con que escribía novelas del Oeste?

—Mi primera novela, 'Sombras viejas' recibió el Premio Internacional de Novela, cuyo jurado presidía Somerset Maugham. Pero la censura la prohibió y me advirtieron de que, hasta que no muriera el Caudillo, no volvería a publicar. Fue entonces cuando Bruguera me propuso hacer novelas del Oeste, y así nació Silver Kane, que me enseñó humildad y técnica literaria. Al final, lo que empezó como una broma me llevó diez años. En aquella época casi tenía tres trabajos: estudiaba Derecho, escribía las novelas del Oeste y, por las noches, me dedicaba a escribir para mí.